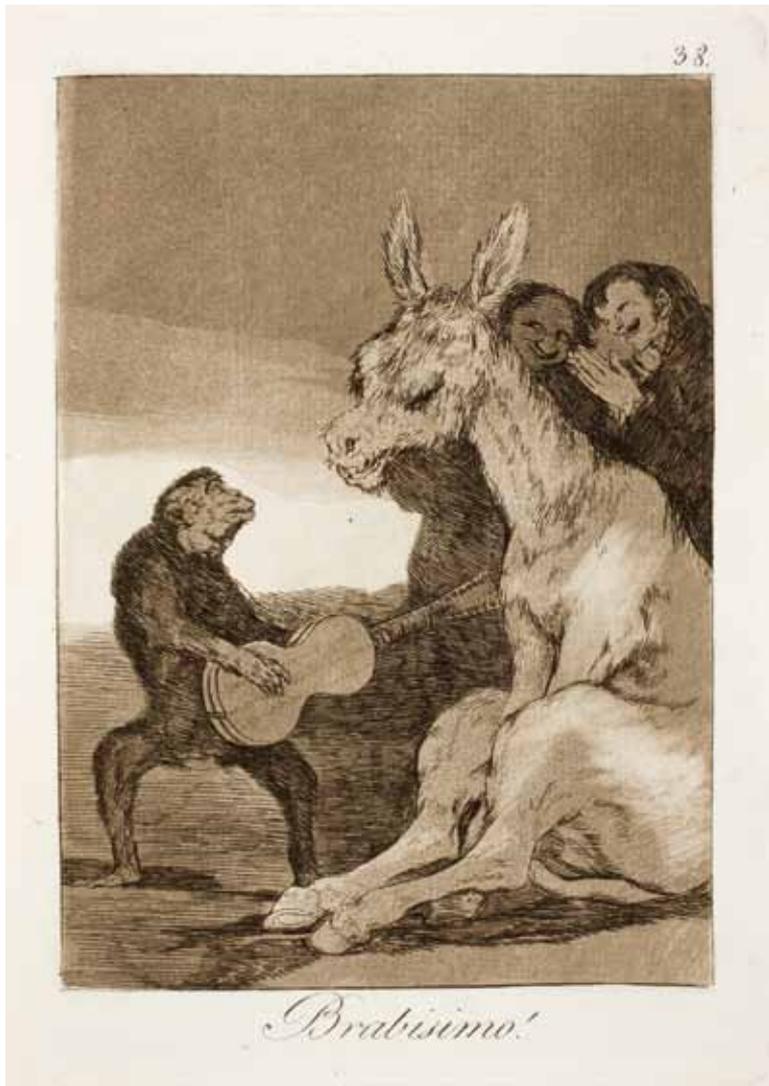


El misterio de la oropéndola

Tania Balderas Chacón*



Brabisimo!, Capricho 38 / Goya

Tras el desafortunado deceso de la primera enana del circo, octogenaria ya, los ánimos se resintieron un poco. El diario trajín se volvía monótono sin la melodiosa voz de Carmen, quien a pesar de su talla, había sido la dueña de un registro vocal que cualquier melómano hubiera querido agregar a su fonoteca personal. Hasta en los animales se notó la ausencia: las jirafas caminaban torpemente, los monos se sentaban taciturnos en sus jaulas y el león comenzó a portarse, nuevamente, como un temible y sanguinario felino.

No hubo una misa como tal para despedir a Carmen, pero se veló bien custodiada y todos rezaron lo que más o menos recordaron del

catecismo que tiempo atrás, su madre o su abuela o aquella solterona tía, les había enjaretado. Esdrújulo, el payaso, tomó su trompeta e interpretó la marcha fúnebre que empleaba para su acto con los monos, sólo que en esta ocasión, nadie rió con los acordes y la carpa se llenó de una densa melancolía.

Mucho se discutió sobre dónde la enterrarían: nadie sabía cuál era su pueblo natal, nunca manifestó predilección por alguna de las latitudes que pisó el circo y no se le conocía pariente vivo. Sin embargo, cuando Zafiro Apolonio comprendió que para este fin requerirían un ataúd o al menos una caja digna de representarlo, supo que su cajón de mago peligraba y propuso incinerar a la cantante, muchos ojos voltearon a verlo escandalizados, por lo que el hábil Apolonio tuvo que matizar que ésa sería la única manera en que Carmen descansaría en paz, siempre bajo la sombra del circo, cerca de una pista de aserrín.

Alguien se preguntó en voz alta si para eso no requerirían algún permiso, no hubo respuesta; en el fondo, cada uno de los ahí reunidos sabía bien que lo único que necesitaban era dinero, y eso, en un circo como éste, era algo que nunca sobraba.

Zafiro Apolonio insistió. Él aparecía palomas del fuego y también podía desaparecerlas, ¿qué tan complicado podría resultar con una enana? La compañía se dejó convencer, no tanto por la contundencia del razonamiento, sino por la fascinación de ver tremendo espectáculo. El mago se retiró a buscar sus herramientas de trabajo, mientras los demás se acomodaban en el primer anillo de gradas. Esdrújulo estuvo tentado a preparar palomitas, pero corría el riesgo de perderse el número si abandonaba la carpa y discutía con aquella maquinista a la que le había



De que mal morira?, Capricho 40 / Goya

dado por ponerse sus moños antes de cada función. Permaneció en su lugar.

Reapareció, en el centro de la pista, el Gran Zafiro Apolonio, ataviado con su mejor túnica, la de terciopelo escarlata, lo acompañaba como siempre la diligente Maritza, la joven mil veces rebanada, pero jamás herida. Ambos acomodaron la mesa de incineración. A una señal del mago, apareció Clemente, el elefante favorito de Carmen; sostenía tiernamente con su trompa el inerte cuerpecito y, con esa precisión característica de los paquidermos, lo acomodó sobre la mesa.

El cuerpo quedó cubierto con el manto mágico, listo para recibir los pases que en esta ocasión, no sólo fueron realizados con todo el profesionalismo de Zafiro Apolonio, sino con toda la solemnidad de la que era capaz el experimentado mago.

Brillaron las llamas bajo el manto y, poco a poco, el bulto que éste cubría desapareció. Las manos del Gran Zafiro Apolonio se posaron sobre el manto, lo tomaron con la punta de los dedos y apoyadas en un dramático ademán, lo retiraron, dejando en libertad no a la enana cantante convertida en cenizas, sino a una brillante oropéndola que se elevó por los aires, se posó en un trapecio y trinó, como sólo las oropéndolas saben hacerlo, hasta que el último rayo de sol abandonó el interior de la carpa.

*Tania Balderas Chacón, maestra en Literatura Mexicana por la Universidad Veracruzana, da clases en el Colegio Helen Parkhurst y en la Universidad Autónoma de Querétaro.

Fecha de recepción: 2014-08-31
Fecha de aceptación: 2014-09-12